

El maldito trabajo de e

Soledad Bianchi

Hace casi cinco años, el 28 de julio de 1987, conversé largamente por primera —y única— vez con Alfonso Alcalde. Había oído de él que era dicharachero y alegre, y me encontré con un hombre dolido, herido, amargo, cansado, aunque conservaba entusiasmo. A veces casi en susurros, y otras, con voz muy tranquila, aparecían —casi a borbotones— sus recuerdos agradables, en especial, su paso por la Editorial Quimantú. Después, más pausadamente, como mascando cada palabra, Alcalde se refirió a su escritura, a sus actividades, a sus sentimientos hacia el país al que había regresado por 1983, después de un largo y móvil exilio. Todo esto se traducía en anécdotas, y se volvían cuentos, historias, con una capacidad narrativa, inseparable de su producción, donde llegó a impregnar hasta su poesía.

Una actitud independiente

Desde 1983 que estamos en esta casa y jamás ha llegado un escritor, y espero que nunca llegue, ni tampoco yo he ido a la casa de un escritor y espero nunca ir, y esto te lo digo sin resentimiento porque soy un hombre desafortadamente optimista y creo en todas las formas de la conducta humana, pero siento un recelo —como dicen los huasos— por los intelectuales. No me entiendo con ellos, y rechazo una posición intelectual que desvirtúa el sentimiento de la vida, sin embargo me entiendo con los pescadores, los mineros, los payasos que sí llegan a esta casa, con los ingenieros, los basureros, pero con los escritores no, a pesar que siento una enorme admiración por todos... En el fondo ha habido un mutuo rechazo: un hombre —como yo— que no promueve su propia obra ni tampoco tiene cercana relación con otros escritores, que no asiste a congresos, es natural que quede marginado... Y no creas que es algo de ahora. Claro, es difícil explicar que no soy enemigo de nadie, y menos de mis compañeros, de mis colegas, cuando todos hemos elegido este maldito trabajo de escribir, pero yo he conservado una independencia, y me parece una actitud bastante válida.

La amistad de Neruda y De Rokha

He tenido dos grandes amigos: Neruda, que prologó mi primer libro, el año 1946, y Pablo de Rokha, de quien heredé buena parte de su correspondencia, inclusive un libro que no editó.

Con De Rokha teníamos una amistad como de hijo y padre. Cuando pasaba por Concepción, el viejo siempre me buscaba: era una amistad muy profunda, y tan seria que entrábamos a los bares y ambos pedíamos té. Entonces, era como una incongruencia que este borrachín tremendo, pantagruélico, se tomara una tacita de té para estar lúcido por lo que teníamos que conversar.

Poética y literariamente, también me siento heredero de De Rokha, es que no hay ningún innovador tan grande, nadie, ni el mayor de los talentos es producto de él mismo, no se puede, es como si alguien tuviese un hijo a solas.

Cuando, en 1946, Nascimento publicó *Balada para una ciudad muerta*, en una edición de 500 ejemplares, con prólogo de Neruda, ilustrado por el muralista Julio Escámez, como a la semana, cuando ya se había distribuido en algunas librerías, recogí el libro e hice una fiestecita en una de esas pensiones miserables, grises, donde yo estaba viviendo, con empleados, estudiantes pobres, provincianos. Compré dos chuicos, uno de parafina y otro de vino, hicimos una comidita y, después, puse los 499 ejemplares —me queda uno, te lo voy a mostrar—, y los quemé todos. Neruda se informó, me mandó llamar y muy molesto, me pidió explicaciones, y como no lo convencí, me quitó el saludo, me quitó su amistad, y entonces yo me fui a Concepción.

Concepción, Tomé y otros pueblos

Cuando regresé del exilio, me fui a Tomé. Antes yo había vivido creo que 20 años, muy cerca, en Concepción. Varios de mis hijos nacieron allí. En ese

Alfonso Alcalde en su *Breve autoalabanza biográfica* que abre la reedición de *Variaciones sobre el tema del amor y de la muerte*, aparecida el año pasado, consigna que son veintiocho sus libros publicados. Poesía, cuentos, novelas, biografías, relatos para niños y reportajes documentales son los variados géneros por los que transitó. A esa vasta producción habría que sumar una cantidad significativa de textos inéditos que dejó al morir.



tiempo, yo ya venía transmitiendo con un proyecto de escribir un poema épico de gigantesca proporción... Me encerré en una caleta de pescadores que se llama Los Morros de Coliumo, y desde allí: viajaba a Concepción, me documentaba, volvía... Y la obra empezó a crecer, y llegó a una etapa impublicable, lógico, éso es lo que yo quería. Nunca he querido publicar, si los libros han aparecido es por Ceidy, mi mujer, que casi me los roba. Te lo digo con la más transparente honradez: a mí nunca me han preocupado las críticas, nunca he vuelto a leer un libro mío, no me interesa.

El panorama ante nosotros, publicado, es la cuarta parte del primer tomo. El fundamento del poema es el río, y 257

personajes. Cuando estaba como en la mitad, se lo llevé a don Carlos George Nascimento, y él me propuso publicar una parte del primer tomo, entonces yo le dije: "no, pues, o todo o nada, o sea nada" (se ríe), pero terminó apareciendo, y nadie, nadie sabe —ni siquiera en Concepción— que un individuo estuvo 20 años, en ese lugar, escribiendo un poema sobre esa ciudad, ni saben cómo conozco su historia... Pero cuando vino el golpe, lo primero que hizo un general al que le arrendábamos la casa en Santiago, fue tomársela, y en la puerta quemó mi obra que eran cuatro tomos, y unos cien mil versos, y la tropa entró y no sólo destruyó ese trabajo de 20 años sino que todos los archivos, los docu-

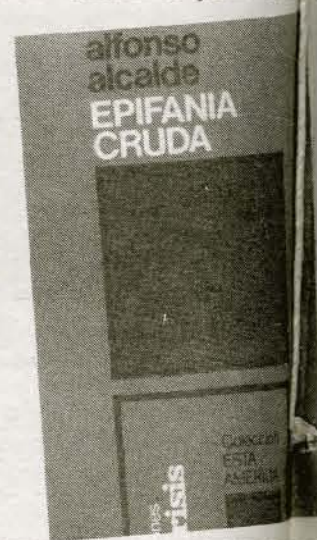
mentos, las fotos, los mapas, los testimonios, cientos de cintas con entrevistas, todo quedó reducido a cenizas, y era imposible reconstruirlo.

A mi vuelta a Chile me interesaron los pueblos, y estuve becado en Tomé, en el litoral penquista. Grabé 80 horas con historias de allí, *Un pueblo llamado Tomé* es un testimonio periodístico, sociológico, y me fui alejando de la poesía épica, pero tengo terminados como siete u ocho libros de poesía.

Además, reconstituí el período de esplendor de la pampa, en *El western del salitre*. Por supuesto, estos trabajos no se publicaron jamás, son dos mil y tantas páginas.

Siempre polémico

A mí los chilenos me dan tanto dolor, Chile es un pueblo hermoso y tan contradictorio como todos los pueblos. En Concepción, por la década del 60, hubo varios encuentros de escritores, y yo, el mundo sabía que yo estaba haciendo algo aunque no asistía a recitales, iba a ninguna parte, pero tú sabes como son, como somos, los chismosos... En ese tiempo de los encuentros se llamaron cerca de diez becas para un taller, obviamente, en las tres oportunidades ocupé el número once, en circunstancias que tan sólo el índice de mi obra es más extenso que toda la historia de la poesía penquista. Y, después, cuando hizo una antología en la revista *Atenea* se trata de *Treinta años de poesía en Concepción*, que apareció en el volumen 1, de septiembre de 1965—, el único poeta del lugar que fue excluido fui yo, a pesar de que mis poemas ya tenían más de 10 mil versos, y no lo digo por la cantidad de versos sino por antecedentes: haber sido prologado por Neruda, llevar con quince libros publicados... Por todo de ser, no tuve problemas con ese tema, pero era considerado un extraño, pero no quiero tocar ese tema, no me responde. Después me di cuenta de que es una actitud evidente en un país desarrollado donde hay pocos editores y crean enemistades por esta necesidad de ganar un espacio. En Concepción existía el Instituto Central de Lenguas, un carácter académico que nosotros te-



scribir



tú cambias las cantidades, inclusive por las calidades, te vas dando cuenta también que es importante estar cerca de los grupos mayoritarios que tienen otros conceptos de la vida y hasta de la cultura.

Exilios

Estuve en Argentina, en Rumania, en Israel y en Ibiza, en España. Por desgracia, culturalmente, para mí, en Medio Oriente había un contrasentido: habían quemado mi obra, había trabajado en personajes populares, debía hacerme de nuevo, y ya no había tiempo para eso... Al final, cuando resolvimos volver, no sabíamos qué íbamos a hacer y por qué estábamos acá, tal es así que a los seis meses hicimos enormes esfuerzos por irnos de nuevo, hacia dónde, no sabíamos... Con el exilio me he enriquecido en forma natural, a un precio muy alto. Para mí, la cultura que alcancé a ver, es como un Caleuche, un fantasma y, después, llegas aquí y encuentras que es otra cosa, y que si ya antes yo era incomprendido, imagínate en qué medida puede aumentar todavía la diferencia.

Mira, pienso que en este país van a haber cambios interesantes, lentos, pero que en algún momento la gente del exilio va a hacer —y ser— un aporte porque han aprendido mucho, pero no es algo inmediato ni fácil.

Tal vez por su desmesura, Alfonso Alcalde podría acercarse, también, a De Rokha. Su voracidad de abarcarlo todo, por ese sentimiento de irrefrenable acercamiento vital —y hasta físico— a los ambientes y personajes sobre los que necesitaba escribir. También, la longitud extrema y exagerada, de algunos de sus escritos que desde su "formato" los volvía impublibles. O esa obra de teatro, que estaba seguro se estrenaría ese año 1987, donde la representación de su primera parte se prolongaría por seis horas, pues completa sumaba más de 17. Sus mismas actitudes que, tal como aparecen aquí, pueden considerarse desmedidas, pero que para él significaban una consecuencia estricta de su conducta, la conducta de un escritor, o —pienso yo— de una cierta concepción de intelectual de la que Alfonso Alcalde pareciera ser uno de sus últimos representantes en nuestro medio.

mortal. Ahora, todo esto te da una autoidad: yo te digo con mucha humildad que me siento realmente autorizado porque hemos pagado un precio, no solamente yo sino, también, cualquiera de mi familia pues para que yo escribiera, todos estábamos involucrados y comprometidos con pobreza, miseria, poca comida, poco calor. Todos vivimos un poco en función de esta obra sabiendo, además, que no iba a ser entendida, en circunstancias, que el único que no quiere que sea entendida soy yo. Pero esta actitud, te da una posición honesta, para defender tu proyecto literario, tu proyecto cultural.

Ahí tienes tú a Carlos Droguett que es un hombre excepcional, distinto, diferente, con un carácter difícilísimo, y con una obra que abre perspectivas inmensas y, sin embargo, es ignorado.

Pero lo importante es estar preparado para eso, que no haya un resentimiento: aquí hay una alegría de vivir, nosotros creemos en todo lo positivo de la vida, en toda la poesía, la buena y la mala, en todas las novelas porque por la vía de la descalificación jamás vas a llegar a nada. Sin embargo, por la vía de mejorar tu condición de trabajo, tus herramientas, tus planteamientos, vas a enriquecerte culturalmente, pero esto no te libra de recibir este impacto de la negación, de la exclusión, yo diría malsana, decididamente mal intencionada, de los grupillos, las pandillas, que el viento se llevará porque la justicia humana es muy hermosa..., claro que, incuestiona-

blemente, sentimos este peso de la postergación.

Ahora dirijo un taller en una parroquia y estoy escribiendo una autobiografía que se llama *La historia de la nunca*, y esto es un poco esa historia porque asiste la gente que nunca va a escribir, la gente que nunca tendrá la opción de publicar, la gente que nunca va a poder leer un libro, o sea, es un taller del no, pero hermosísimo. Para mí ha sido una experiencia muy dolorosa porque, en este país, saltan los talentos, saltan las ideas, y no hay respuestas, y hay un contraste inevitable con tanta mediocridad que tiene opciones.

La poesía

Te digo que la poesía está naufragando, por no decir que está muerta, entró en la clave de la clave, de tal suerte que el que no tiene la clave no tiene nada, y nadie compra un libro para no saber nada. Se terminó, nos hundimos, se gastó, hay que cambiarla, hay que renovarla, hay que inyectarle otros elementos... Yo me fui separando de la poesía, me fui acercando a cosas más concretas. Siento una gran pasión por la historia: saber qué pasa, qué pasó, y me interesa otra manera de interpretarla, también. Asimismo me interesa la televisión: imagínate, con un *best seller*, las ventas pueden ser de tres mil ejemplares, en cambio en un programa de la televisión tengo, tenemos, perdón, *tenemos* dos millones y medio, más o menos. Entonces, cuanto

